

EL GAJO DE GANDARINA Y OTROS CUENTOS

NURI ZUBIRI
VERA PAULINO
ALBERT MARTÍNEZ
FEDE CEPEDA
PILAR ASAMAR COSTA
JOAN CARNÉ MASLLORENS
MARÍA JESÚS PENADÉS

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

EL GAJO DE MANDARINA

Y OTROS CUENTOS

NURI ZUBIRI MARTÍ
VERA PAULINO
ALBERT MARTÍNEZ
FEDE CEPEDA
PILAR ASAMAR COSTA
JOAN CARNÉ MASLLORENS
MARÍA JESÚS PENADÉS

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR
2020

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Eucalyp

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *El gajo de mandarina y otros cuentos*
© De los textos: sus autores
© De la presente edición:
Editorial Espacio para Contar, 2020
C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)
Teléfono: 649 09 08 11
info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-2-9
Depósito legal: MU 1431-2019
Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
EL GAJO DE MANDARINA NURI ZUBIRI MARTÍ	11
EL OLVIDO DE LA SIRENA VERA PAULINO	17
EL GUERRERO DE LA NIEBLA ALBERT MARTÍNEZ	27
LA FIERA FEDE CEPEDA	33
ELLA PILAR ASAMAR COSTA	41
LA TRIBU DE LA LAGUNA JOAN CARNÉ MASLLORENS	49
BUSCANDO EL CARIÑO ESCONDIDO MARÍA JESÚS PENADÉS	55
«AHORA TE TOCA A TI»	63
«ÉRASE TU VEZ»	71

AGRADECIMIENTOS

Para que un libro como este vea la luz siempre es necesaria la colaboración de muchas personas que hacen posible que lo que comenzó con zozobra acabe con un regalo.

A Daniel Caballero, incansable jinete de la buena estrella que pone siempre lo mejor de sí para que la edición sea un derroche de profesionalidad y arte bien concebido.

A Laura Morales de lasistemica.com que sigue alentando con finura nuestros carteles y programas.

Al Centro Nitya de Barcelona que con tanto amor nos abrió sus puertas para realizar el taller «Érase tu vez» que dio sentido a esta publicación.

Y a Emilia Matilla, siempre iluminada en su afán para que todo salga a la perfección, con una generosidad sin precedentes. Es la gran embajadora del mundo «Érase tu vez».

PRÓLOGO

Este libro que tienes en tus manos guarda un tesoro, en realidad siete, pues siete son los cuentos que han surgido de la inspiración de un grupo de personas que se reunieron en el taller «Érase tu vez» los días 15, 16 y 17 de noviembre de 2019 en Barcelona.

Si la inspiración es aquello de cuando las musas te visitan, aquí se instalaron con comprensión, belleza poética, sinceridad, humildad y una gran dosis de valentía. Es lo que transitaron Nuri Zubiri Martí, Vera Paulino, Albert Martínez, Fede Cepeda, Pilar Asamar Costa, Joan Carné Masllorens y María Jesús Penadés cuando se sumergieron en el proceso de la creación —un instante que se alarga sin tiempo— para rendir cuentas de su búsqueda en el lugar donde residen la fantasía y los sueños. Fue un proceso apasionante, una mirada al fondo del océano del Inconsciente Colectivo para traernos esos tesoros ocultos que tienen la apariencia de bellas melodías de cuento. Si estamos faltos de mitos en nuestro convulso tiempo, ellos y ellas nos ayudan con sus aportaciones, con la generosidad de contarnos sus vidas en clave simbólica, para que todos nos podamos asir a una nueva esperanza.

Un mundo sin esperanza ya está muerto, el nuestro seguirá muchos años más mientras alguien cuente un cuento con la mirada perdida en la mirada del otro.

A mi madre, que con su perseverancia me inició en el camino.

EL GAJO DE MANDARINA

NURI ZUBIRI MARTÍ

Le habían dicho que su mamá podía morir al dar a luz, así que en un acto de amor profundo, decidió convertirse en un pequeño ratoncillo para que su mamá no tuviera dolores de parto. Nació con mucha hambre. Su madre le cogió para darle el pecho pero, en su minúscula boca de ratón, no cabía semejante pezón. La leche se derramaba por todas partes y no conseguía que llegara ni una sola gota a su estómago. Después de varios intentos en vano, decidió salir al mundo en busca de alimento, de lo contrario corría el riesgo de morir. Pegadito a la pared del cuarto del hospital recorrió toda la habitación hasta encontrar la puerta, cruzó el pasillo tan rápido como pudo, todos los que le veían gritaban del susto, tenía miedo que le quisieran matar, así que salió a la calle y se metió en una alcantarilla, ahí debajo por lo menos, estaba seguro. Ya solo faltaba encontrar un poco de comida para su deprimida barriguita. Lo primero que encontró fue un zapato. Lo fue royendo a pequeños bocados hasta que se lo zampó entero. Tardó más de 1 año en hacer la digestión. Y sin embargo, seguía sintiendo hambre, así que empezó a recorrer esas extrañas y oscuras galerías subterráneas, en busca de algo que colmara su hambruna. Encontró un espejo. Lo rompió a pedacitos del tamaño de una gota de agua y se lo comió. Los cristales le hicieron profundos cortes: en el corazón, en los pulmones, en el estómago, en la garganta y en

los ojos. Se echó a llorar desesperadamente, y las lágrimas le salían por cada pequeño corte de su piel. Fue entonces que vio a E por primera vez. Era una ratoncilla muy linda. Le besó cada herida y le ofreció un gajo de mandarina.

—¿Sabes? a los ratoncillos lo que nos gusta es la fruta...

E le acompañó hasta la salida de la galería y le dijo:

—Corre hacia la luz hasta que encuentres la salida de esta galería, allá fuera hay abundante comida para ti.

Así lo hizo. Cuando salió al exterior sus ojos no daban crédito de semejante belleza. Un hermoso prado, el cielo, las flores, un lago... era lo más bello que había visto en su vida. Se acercó al lago para beber agua y al ver su reflejo, se dio cuenta que tenía aspecto de mujer. Llevaba puesto un hermoso vestido blanco tejido con la misma tela con la que tejen las rosas. Sentía mucha alegría, y sin embargo, seguía teniendo hambre. A lo lejos asomaban unas torres puntiagudas, parecían de un palacio, creyó que un lugar así debía estar repleto de succulentos manjares así que sin pensarlo dos veces, corrió hacia la puerta. No hizo falta tocarla, ésta se abrió. Ante sí había un ostentoso salón decorado con maderas nobles y piedras preciosas de todos los colores. En el fondo, dos tronos. Uno vacío, el otro lo ocupaba un apuesto rey. Ella sintió de inmediato una profunda atracción por él, pero a la vez había algo en su mirada que le perturbaba.

—¡Ven! Siéntate a mi lado —dijo él. El miedo le paralizó.

—No estoy segura que este trono sea para mi, ni siquiera estoy segura que me corresponda ningún trono.

Rompió a llorar y salió del palacio muerta de vergüenza. Se sentó fuera, en la puerta. De repente, sintió unas cosquillas que recorrían desde su pie derecho hasta su falda. La reconoció en seguida, era E. La pequeña ratoncilla trepó por su pecho hasta llegar a su oreja izquierda y le susurró al oído:

—Sólo hay una forma para que puedas resolver tus dudas, entra y siéntate en ese trono.

Le dejó un gajo de mandarina y desapareció. Con bravura renovada entró de nuevo en el palacio. El trono junto al rey estaba ocupado por una reina malvada riéndose a carcajadas:

—¡Jajajaja! ¿Pero qué te habías creído? ¡Jajaja!

Ella entró en pánico y desesperación. La reina ordenó a sus súbditos que la mataran ante la mirada pasiva del rey. La cogieron y la ataron a un palo, pusieron leña en sus pies, la rociaron con alcohol de quemar y le prendieron fuego. La reina sonreía satisfecha, el rey ni se inmutó. Cuando el fuego hubo convertido su cuerpo en cenizas, sintió que podía volar, sintió la ligereza, la ingravidez, se sentía entera y más libre que un pájaro, más escurridiza, fresca y omnipresente que nunca. Podía ver la belleza del mundo a sus pies. De pronto, escuchó un ratoncillo llorando debajo de una alcantarilla, se coló por la rendija, se sentó a su lado y le ofreció un gajo de mandarina...

A mi gemelo, que me acompañó hasta la mitad del camino.

EL OLVIDO DE LA SIRENA

VERA PAULINO

Erase una vez una sirena que vivía en una ciudad en el fondo del mar. La sirena era muy feliz con su familia y con su amado. Era amiga de los peces, cuidadora de los bosques sumergidos, sacerdotisa en el templo de las ballenas.

Un día, su abuelo la llamó para hablarle. Su abuelo era el Guardián de los viajeros del mar y se movía entre las profundidades y la superficie del mundo de los hombres. Sabía siempre lo que ocurría en ambos lugares.

La sirena supo que su abuelo le iba a decir algo importante, se sentía preparada. Fuese cual fuese la misión que su abuelo le diera, la recibiría con los brazos abiertos, tal era su deseo de servir y, sobre todo, de empezar, por fin, su gran aventura.

—Querida sirena, ha llegado el momento para que emprendas tu misión al servicio del Gran Océano.

—Estoy preparada, abuelo.

—Nacerás en el mundo de los hombres. Tu aventura será en la superficie. Nacerás humana y en la tierra cumplirás tu destino.

Esto no era lo que la sirena esperaba. ¿Tendría que abandonar su hogar para servir? ¿Tendría que irse a la tierra para cuidar su amado Océano? No podía ser...

Su abuelo, viendo el espanto en su rostro, le dijo:

—No te abandonaremos, querida. Estaremos siempre contigo.

La sirena, invocando todo su coraje, respondió:

—Lo haré, abuelo, acepto la misión.

—Hay una cosa importante que debes saber —dijo el abuelo—, cuando un ser encarna en el mundo humano, sea un ser del mar, de las estrellas, o de cualquier otro punto de la galaxia, su Memoria no los acompaña. Cuando nazcas humana olvidarás quién eres.

La sirena no lo podía creer, estaba horrorizada.

—Es la ley del Universo —continuó el abuelo—, pero hay una manera. La Memoria es un tesoro que se guarda en el corazón. Tu mente humana no se acordará quién eres, pero tu corazón siempre lo sabrá. Cuando te sientas perdida, sola, abrumada por los desafíos, deja que tu corazón te hable. Él sabrá orientarte y te dará las señales para que sepas de dónde vienes.

Pero la sirena aún tenía otra pregunta. Abrió los labios, temblorosos, para formularla, pero el abuelo se adelantó:

—No, tu amado no podrá acompañarte. Es algo que tienes que hacer sola.

Y mirándola con amor y orgullo añadió:

—Es tu momento, mi querida, tu aventura. Recíbela como una dádiva, no como un castigo.

Después de todos los preparativos y despedidas, la sirena estaba delante del portal que la llevaría al mundo de los hombres.

De repente apareció su amado, que la abrazó y le dijo:

—¡No voy a dejarte ir sola! ¡Ven, vamos!

La cogió de la mano y, sin que la sirena tuviera tiempo de reaccionar, saltó con ella hacia el vórtice de energía que se abría hacia el mundo humano.

La sirena sintió como aterrizaba en un lugar extraño. Poco a poco abrió los ojos para ver dónde estaba. Su cuerpo no era el suyo y el cuerpo de su amado tampoco. Parecían renacuajos, y estaban

dentro de agua, pero no era el agua del gran Océano, era un lugar pequeño y cerrado. ¿Qué lugar era aquel? No importaba... él estaba con ella. En esa nueva existencia no se tocaban como antes, no se comunicaban de la misma forma. Ahora, cuando él pensaba algo ella podía escucharle en el silencio líquido de aquel lugar, como si fuesen sus propios pensamientos.

Un día él le dijo:

—Mi amor, este lugar no es el destino. Es solo un umbral. Te acompañé hasta aquí, pero me llaman. Voy a tener que volver.

¡Ella no se lo podía creer! Se sentía impotente en este nuevo y extraño cuerpo, en este lugar desconocido... Y ahora su amado la abandonaba.

Él le dijo:

—Amor de mi vida, no te abandono. Créeme, cree a tu abuelo. Es tu misión y tienes que vivirla sola.

Sucedió todo muy deprisa. En un momento, él estaba ahí y ella sentía su amor inmenso, eterno, sin tiempo, sin condiciones, y en el otro, ya no estaba. Su cuerpo se quedó, aquel cuerpo de renacuajo, pero ahora estaba vacío, no habitado.

Después su cuerpo empezó a transformarse, nuevos cambios a cada momento, hasta que un día había crecido demasiado para un espacio tan pequeño. Entonces todo comenzó a temblar. Sintió un dolor intenso y percibió que aquel lugar la expulsaba. Iba a morir, por fin todo se acababa.

Pero la sirena no se estaba muriendo. Estaba naciendo. Era sólo el principio de su aventura y con ella vino el olvido.

Ahora la sirena era una niña humana. Vivía en una casita con su nueva familia. No se acordaba de su casa en el fondo del mar pero, como su corazón siempre le hablaba, sabía que aquel lugar no era realmente su hogar. Al principio no lo llevaba mal, pero poco a poco empezó a dolerle vivir ahí. Y un día se enfadó con su corazón. Ya no podía con las cosas que él le decía. Miraba a

su alrededor y nada de ese mundo correspondía a las cosas que le explicaba el corazón.

—¡No digas nada más! Eres un mentiroso —le dijo al corazón— y no te creo. No sé de ninguna misión... ¿Quién soy yo para tener una misión? Sólo soy una niña que no sabe nada. Tengo de hacer lo que me dice esta familia, porque si ellos no me quieren estaré perdida. Si no hago lo que ellos me dicen, si no soy una niña buena... —y con ese pensamiento la niña sirena empezó a llorar.

Entonces el corazón le dijo:

—¡Llora, sí, llora! Y cuando las lágrimas te caigan en el rostro cógelas con la lengua y prueba su sabor. ¡Prueba la sal y recordarás!

Pero la niña ya no estaba solo enfadada, se sentía profundamente resentida y, contrariando su corazón, limpió las lágrimas con la mano.

—Puedes decir lo que quieras. A partir de hoy no te escucho más. Y tampoco volveré a llorar.

En el fondo del mar, el abuelo que siempre acompañaba a la sirena a través de un espejo mágico, se quedó muy preocupado. Si ella no escuchaba su corazón nunca cumpliría la misión en el mundo humano.

Pasaron los años y la niña creció. Tozuda como era se volvió sorda al corazón y, sin lágrimas que le recordasen el mar, se volvió dura y seca. El abuelo le enviaba todo tipo de auxilio para ayudar a la sirena a recordar quién era. Le envió un maestro que le mostró el mundo para que su mente se expandiera. Le envió amigos para despertarle el gozo de vivir y para suavizarle la resistencia. Le envió inspiración para crear, con la esperanza de que el arte le ayudase a recordar. Le envió un amado perro para que se sintiese siempre acompañada.

Por su lado, el corazón nunca dejó de hablarle. Aunque ella no quisiese escuchar, él nunca, nunca, nunca paró de hablarle. Le hablaba en el gozo que sentía al crear. Le hablaba cuando ella escu-

chaba música. Le hablaba en la pasión con que leía libro tras libro. Le hablaba en el placer que sentía cada vez que entraba en el mar. Pero cada vez que recibía una de esas dádivas, se le despertaba el dolor de una pérdida inmensa que ella no sabía explicar y, en esa incompreensión, alimentaba un resentimiento que la mantenía con resistencia a la vida.

La mujer sirena llevó años en esta danza con la insatisfacción. Llevó años en una búsqueda que no le traía rendición. Porque, en vez de buscar su misión, buscaba el amor perdido. No se entregaba a la aventura porque, en el fondo, y aunque no se acordara, se sentía perdida, abandonada, apartada de su hogar.

El abuelo no sabía qué hacer. Decidió convocar a todos los consejeros de la ciudad y a otros Guardianes del Gran Océano para pedirles ayuda.

Ese día, el amado de la sirena que había vuelto al mar, y que era el Guardián de las Grandes Olas, apareció y decidió hablar. Echaba de menos a su amada y le dolía verla tan perdida.

—Ella no podrá realizar su misión si no recuerda quién es. Si no se acuerda del mar. Si no se acuerda de mí. Pido encarnar en el mundo humano, Excelencias. Pido encarnar para ayudarle —dijo su amado.

—¡NO! —reaccionó el abuelo, el Gran Guardián de los viajeros del mar—. ¡Ella puede hacerlo, lo sé!

—Excelencia, ella puede hacerlo sola cuando recuerde. Siente el dolor, la falta, el anhelo... Y no saber de dónde vienen la deja consumida de resentimiento.

En ese momento intervino la Guardiana de las Playas:

—Él tiene razón, ella necesita ayuda. Dejémoslo encarnar, pero no como ella lo conoce.

La Guardiana de las Playas, que era muy sabia y que también se movía entre el mar y la tierra, explicó su elaborado plan, que enseguida se puso en práctica.

El plan consistía en enviarle a la mujer sirena tres bendiciones disfrazadas de maldiciones para que volviera a escuchar el corazón, para que conociera el amor y para que viviera una pérdida que le recordara su dolor.

En el mundo de los humanos, como no hay magia, a una maldición se le da el nombre de depresión. Esa fue la bendición disfrazada que la puso de nuevo en contacto con su corazón. El vacío, la tristeza, la falta de sentido que la consumió, hicieron que ella volviese a escucharlo. Y entonces todo fue más fácil. Empezó a experimentar un nuevo gozo de vivir.

Así empezó para la mujer sirena un año mágico en el que la gran intervención de su familia marina ordenó los acontecimientos para devolverla a su camino.

La segunda bendición disfrazada de maldición fue enamorarse de un desconocido. Su amado del mar encarnó temporalmente en este hombre, porque solo el amor verdadero le haría recordar quién era. Sin duda era un plan arriesgado, un plan que la podía llevar a perderse para siempre. Cuando reconoció a su amado en aquel hombre extraño se casaron y se entregó a él y, al entregarse, al amar, abrazó por primera vez la aventura en su vida. Sólo así podía cumplir su misión. Pero no podría permanecer casada para hacerlo y, por eso, el plan era que ese hombre se volviera malvado. Él lo hizo porque la amaba, porque sabía que ella tenía que hacerlo sola.

Así, la tercera maldición fue el dolor de apartarse de su esposo y volver a sentir la pérdida. Porque al volver a vivir ese dolor, recordó. Al vivir el dolor de la separación, revivió la herida de haberse separado de su amado y ese dolor le devolvió la memoria.

Durante días y días lloró y con cada lágrima iba recordando. Recordó la separación y entendió su profunda soledad. Recordó el mar y entendió por qué siempre se sintió extranjera. Recordó que tenía una misión y entendió por qué sentía el vacío de algo por cumplir.

Y entonces, como por arte de magia, estaba de nuevo delante de un portal. En las playas de una tierra llamada Porto Cale le apareció la Guardiana de los Tesoros Perdidos.

—Querida, ahora que ya recordaste, ahora que tu corazón recuperaste, ahora que tu amor y tu pérdida recordaste, es momento de avanzar. ¿Aceptas continuar?

Sin dudar la mujer sirena dijo:

—Sí, acepto. No puedo aguantar más. Que se haga la voluntad del Océano.

—Querida mía, esto que viviste no fue sólo resistencia. Fuiste escogida para esta misión y todo lo que viviste te ayudará en lo que tendrás que hacer. Pero debes parar de buscar a tu amado. Él estará en el mar y te acompañará siempre. Tu don es aprender a vivir con la añoranza.

—¿Qué tengo que hacer?

—Escucha tu corazón y cuando sientas que es el momento, atraviesa este portal —le dijo la Guardiana de los Tesoros Perdidos, señalando el vórtice de energía que brillaba en la playa—. Pero cuidado, no pierdas el momento, no dudes, que no te paralice la excitación.

La mujer sirena se quedó sola en la playa. No sabía que hacer. Sentía la determinación de cumplir su misión, pero no sabía nada más. El sol bajaba en el horizonte. Miró su amado mar y sintió la herida que le despedazaba el corazón. Aún no podía volver a casa y no sabía qué habría al otro lado del portal. No quería resistirse más, pero... De repente el mar empezó a moverse, las olas se erguían cada vez más altas, reventando cada vez con más fuerza. Ella, desafiante, intentó entrar en el agua, pero una ola la expulsó, tirándola de vuelta a la playa.

—¡Déjame volver! —suplicó.

Gritó y lloró hasta quedarse sin fuerzas. Entonces se tumbó en la arena aún caliente, en posición fetal, sin dejar de llorar. De

repente se dio cuenta que tenía en la mano una piedra en forma de corazón. Y así, sin pensar nada más, se levantó, atravesó el portal y cayó al vacío.

Cayó y cayó durante un tiempo sin fin. Mientras caía encontró una lechuza. La miró a los ojos y su mirada poderosa le dio el don de la Visión. Después, aún en la caída, encontró un cuervo. Él le acarició el cuerpo con sus plumas negras y su toque le dio el don de la pasión. Y enseguida apareció un ave fénix que le sopló su aliento de fuego y con su poder de purificación le ofreció el don de la transformación.

Entonces, justo antes de llegar al suelo, sintió cómo algo le rompía la piel de su espalda. De su propia carne, le nacían unas enormes alas que batieron bien fuerte y la elevaron en el aire. Así, en vez de caer, voló. En vez de sumergirse y volver al mar, empezó a volar.

EL GUERRERO DE LA NIEBLA

ALBERT MARTÍNEZ

Había una vez en un país no muy lejano, una región donde siempre había niebla y el color de los días era más bien gris, motivo por el cual los guerreros de ese pueblo eran llamados Guerreros de la Niebla.

En esa próspera región había una familia, el padre era un guerrero y la madre una curandera, tenían un hijo, pero ya era mayor y había partido lejos en busca de aventuras.

Los días transcurrían entre batallas, celebraciones y preparación para la guerra. La familia necesitaba otro guerrero y al fin y después de mucho rogar al Gran Misterio, nació la esperada criatura. Le pusieron por nombre Jalics, en honor a sus antepasados, los grandes guerreros del sur.

Jalics fue superando las pruebas a las que todo niño guerrero era sometido: pasar la noche sin provisiones en el bosque, escalar montañas descalzo, cruzar ríos de agua fría nadando, talar árboles con una pequeña hacha, cazar con las manos desnudas, pelear con animales salvajes...

Cada vez que fracasaba en una de las pruebas, era llevado a la plaza del pueblo y allí humillado, muy a pesar de sus padres. Esto era necesario para forjar el carácter de un auténtico luchador, ya que la derrota significaba la muerte y eso no era una opción.

Pasaron los años y la madre murió. Entonces el padre, ya anciano y muy preocupado, hizo llamar a Jalics urgentemente.

—Debo contarte el gran secreto de nuestra familia, de lo contrario es posible que pronto ya no estés entre nosotros. Como ya sabes, nuestro enemigo más mortífero es el Ejército de la Noche Oscura, son muy temibles y, entre sus armas, poseen un veneno que al entrar en contacto con la sangre hace que uno se olvide de quién es y pase a formar parte de su tenebroso ejército. Antes de que tú nacieras fuimos invadidos por sorpresa por ellos, en esos días yo me encontraba en una expedición de entrenamiento en el desierto de más allá del sur, por lo que no pude defender nuestra casa y tu madre fue herida con una daga envenenada por un soldado que quizás tiempo atrás había sido uno de los nuestros, pero había olvidado quién era.

Tu madre, gracias a sus conocimientos de plantas y medicinas, aunque con muchos dolores, pudo mantenerse entre nosotros recordando quién era y además ayudar a muchos más de los nuestros.

Pero aquí viene el secreto que necesitas saber: el veneno que infectó a tu madre, corre por tus venas, y es por esa razón que a veces sufres esos estados de olvido tan dolorosos. Tu madre preparaba un elixir que te hacía tomar sin que te dieras cuenta, gracias al cual podías recordar quién eras y mantenerte entre nosotros, pero ahora que tu madre ha muerto, temo que vas a empezar a olvidar quién eres y te vamos a perder.

Jalics, asustado, enfadado y confundido no sabía qué hacer y como sólo sabía luchar, decidió adentrarse en el territorio del Ejército de la Noche Oscura. Al principio le pareció que era un sitio muy agradable, con jardines, luces de colores, ríos, árboles y montañas. Pero a medida que se iba adentrando, los colores vivos y cálidos del principio empezaron a palidecer y todo empezó a volverse oscuro y pantanoso, había caído en una trampa. Ya era

demasiado tarde para retroceder y fue aprisionado por cuatro soldados de la Noche Oscura, torturado y humillado, pero gracias a su entrenamiento y su coraje, logró escapar y muy débil y cada vez más confundido por el veneno, cayó desmayado en medio de un extraño bosque.

Al despertar vió un gran sol encima de su cabeza y gritó:

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

Al principio no ocurrió nada y para tranquilizarse empezó a recordar cómo había llegado hasta allí. Desesperado y cansado de invocar todos los nombres del Gran Misterio, se rindió y pensó que quizás ese era su final. Empezaba a olvidar quién era.

De repente escuchó una voz que venía desde su lado izquierdo y le decía:

—Tú aún no lo sabes, pero estás llamado a una misión muy importante, esta misión te fue encomendada hace muchos años atrás por un emisario del Gran Misterio.

Debes regresar al territorio del Ejército de la Noche Oscura y una vez allí encontrar la serpiente gigante, acabar con ella y recuperar el elixir del recuerdo que ella custodia, para curar tu olvido y el de tu pueblo. En estos momentos el ejército enemigo está muy cerca de la victoria final, la cual sumiría a toda la región de los Guerreros de la Niebla en la más oscura noche para siempre.

Para recuperar el elixir, deberás convertirte en uno de ellos, en tus venas ya corre el veneno del olvido, por lo que en pocas horas serás como uno más de los soldados enemigos. Sin embargo te dejo un amuleto que debes colgarte del cuello y cada vez que veas tu reflejo junto al amuleto, recordarás quién eres y porqué estás allí.

Ahora haz lo que te digo, de ello depende la suerte de tu pueblo, de tu familia y de ti.

Al regresar todo le pareció muy normal, el gris de la neblina, los rostros inexpresivos de los habitantes del lugar... Fue trans-

curriendo el tiempo y poco a poco fue creyendo que era uno más. Iba de un lado para otro infundiendo el mal y la oscuridad, así como lo hacían sus compañeros del Ejército de la Noche Oscura.

Un día lluvioso en medio de una batalla, Jalics tropezó y vio su reflejo en un charco de un amuleto reluciente de color naranja que brillaba colgado en su cuello. En ese instante empezó a recordar, de un salto se puso en pie, sintió vida en su cuerpo, recordó que tenía una misión y tomó conciencia de la importancia y de la gravedad de la situación en la que se encontraba su pueblo. Saltó sobre un caballo y cabalgó hasta donde se encontraba la serpiente gigante, nadie lo detuvo ya que todos lo consideraban uno más de los suyos.

La serpiente estaba sola y la lucha empezó, en medio de la batalla Jalics perdió el amuleto que le ayudaba a recordar, pero hecho todo coraje, venció a la serpiente con sus propias manos, así como había aprendido de pequeño.

Cogió el cofre que debía contener el elixir del recuerdo y lo abrió, dentro había solamente un espejo. Extrañado se miró en él, aún sin llevar el amuleto se dio cuenta que podía recordar cada vez más quién era, de dónde venía y quiénes eran sus ancestros y eso lo llenó de fuerza, alegría y determinación.

Cabalgó rápido hacia su lugar de origen para poder ayudar a su pueblo y así vencer en la Gran Batalla.

Colorín colorado, este cuento se ha acabado.

LA FIERA

FEDE CEPEDA

En un pequeño pueblo de las montañas, una noche de invierno nació un bebé. Era un bebé aparentemente normal aunque justo en la mejilla, casi el lado de la oreja, tenía un lunar. Cuando su abuela, que era medio bruja, lo vio pensó que esa marca le traería problemas.

A los pocos días de nacer lo bautizaron y le llamaron Teodoro, aunque todo el mundo lo acabó llamando Teo.

El muchacho creció jugando y ayudando con el trabajo en el molino que su familia poseía. Cuando cumplió 20 años empezó una guerra contra el país vecino y Teo, al igual que otros mozos, fue movilizadado para el ejército. Fue enviado a un lugar remoto de América Latina a luchar.

Allí fue herido y hecho prisionero. Cada día, durante más de dos años, Teo iba marcando en los muros de la prisión los días que iban pasando, aunque desconocía cuando acabaría su condena. También en esa misma prisión, al fondo, en una celda estaba encerrado un animal con aspecto de monstruo. Nadie sabía porqué estaba allí.

Un día se declaró un violento incendio en la prisión. Los presos, atrapados en las celdas, no podían salir e iban muriendo achicharrados a medida que el fuego avanzaba. Teo agarró una manta y se envolvió en ella esperando una muerte próxima. De repente, el techo

y uno de los muros de la cárcel se derrumbaron sobre la celda de Teo y una viga de madera en llamas lo golpeó en el rostro. Trepando por entre los escombros, Teo salió de la celda. Antes de dejar aquella cárcel se dirigió a la celda donde encerraban a la fiera y la liberó. Una vez fuera, empezó a correr hasta llegar a un bosque dónde faltó de fuerzas cayó desmayado.

Cuando despertó, estaba en un camastro rodeado de indios. En la cara le habían puesto hierbas que aliviaban el dolor de las quemaduras y en un cuenco, hecho con calabaza, le ofrecían agua y comida.

Poco a poco fue recuperando las fuerzas y al cabo de unas semanas podía levantarse y dar pasos cortos. Siempre lo acompañaba una joven. Intentó hablar con ella, pero no hablaban el mismo idioma. Lentamente, conforme pasaban los días, Teo fue aprendiendo algunas palabras del idioma local, cosa que le permitía una comunicación muy básica con sus cuidadores.

Teo únicamente pensaba la manera de escapar de aquí pero era una tarea que se presentaba complicada. El poblado estaba rodeado de una selva y Teo ignoraba qué había detrás de aquella espesura y qué ciudades cercanas podía encontrar.

Pasaron los meses y Teo se fue integrando en la vida del poblado. Salía a cazar con otros hombres y participaba en las celebraciones de la tribu. Había alguien que no le quitaba ojo de encima —no era otra que la joven que lo cuidaba—. Sin apenas darse cuenta acabaron siendo novios y, poco después, tuvieron su primera hija. Aún así, Teo tenía en la cabeza la firme idea de escapar y, en secreto, iba juntando madera para hacer una balsa y así dirigirse río abajo a la primera ciudad que, según sus cálculos, estaría a un día de distancia.

Una noche se despertó sobresaltado por un fuerte rugido. Al día siguiente preguntó por aquel ruido, aunque nadie le supo o quiso explicar cuál era su causa. Nadie quería hablar del animal que, cuando la gente dormía plácidamente, venía y se llevaba uno de los bebés o un niño pequeño. Nadie supo dar detalles a Teo de cómo era aque-

lla fiera. Decían que tenía el pelo negro y unos colmillos grandes, que tenía unas garras afiladas y que su mirada te paralizaba.

Recordó que cuando huyó de prisión había liberado también a una bestia.

Teo pensaba que debía huir cuanto antes con su mujer y su hija. Le comentó los planes a su mujer y ésta se negó en redondo a abandonar aquel poblado y a su familia.

Teo estaba perdido y sin saber qué hacer. Cada semana la fiera visitaba el poblado y se llevaba a una criatura. Su voracidad no parecía tener límites. Teo averiguó que lo único que asustaba a la fiera era el fuego; alguna vez había conseguido ahuyentarla enfrentándose a ella con una antorcha en llamas.

Teo pensó en escapar solo, abandonando a su mujer y a su hija, pero era incapaz. Con el miedo de que el monstruo se llevase a su hija, se pasaba las noches en vela manteniendo una hoguera encendida para que no se acercase aquella fiera.

Aquella no era vida. Estaba atrapado. Recordó que en su pueblo para cazar los lobos la gente construía con piedras una especie de pasillo que conducía a un pozo tapado con ramas. Los vecinos se juntaban en grupos y peinaban el monte para espantar a los lobos y que acabasen cayendo en el «chorco», que es como le llamaban a aquella trampa.

Ayudado por otros hombres de la aldea, construyó un pozo profundo y unas empalizadas de ramas que conducían directamente a la trampa. Durante unas cuantas noches todos los hombres reunidos con antorchas peinaron la selva tratando de conducir la fiera a la trampa.

Nada. Todo intento era en vano. La fiera no aparecía. Teo decidió que era el momento de pensar alguna otra cosa. Una noche colocó a su hija encima del foso atada con una cuerda. Esperó durante varias horas hasta que fue noche cerrada. Cuando estaba a punto de desistir, de repente, vio brillar algo en la oscuridad. Era la fiera que

se dirigía a donde estaba su hija. Una vez que la fiera vio a la criatura empezó a acercarse hacia ella. Cuando estaba a unos metros se abalanzó de un salto hacia la niña. Con un movimiento rápido, Teo tiró de la cuerda que sujetaba el bebé y éste se elevó por los aires. El animal saltó y, al tocar tierra, las ramas se hundieron y cayó al pozo.

Con un rápido movimiento, Teo cubrió el pozo con un tablero de madera y puso piedras encima. Teo buscó fuego y lo arrojó al fondo del pozo. Los rugidos eran aterradores. Poco a poco, el ruido y el fuego del interior del pozo se fueron extinguiendo. Posteriormente Teo regresó con su hija al poblado y contó lo que había sucedido. Cuando los hombres de la aldea se dirigieron a la trampa y quitaron la tapa de madera, allí sólo había cenizas. No había restos de ninguna bestia.

Nadie creyó que Teo hubiese cazado a aquella bestia. Por la tarde Teo fue de nuevo al bosque y bajó al pozo. Empezó a remover los rescoldos y entre las cenizas aparecieron unas pequeñas esmeraldas que cuidadosamente recogió.

Volvió al poblado y le contó a su mujer toda la historia. Su mujer lo creyó y decidieron abandonar el poblado.

A llegar la noche, agarró a su mujer y a su hija y se dirigió con ellas al río, aunque antes de subir a la canoa dejó unas esmeraldas en la choza de los padres de la mujer.

Durante toda la noche estuvieron navegando río abajo hasta que llegaron a una ciudad. Teo se hizo pasar por un hombre de negocios que venía de otro país y utilizando alguna de las esmeraldas compró ropa nueva y se alojó en el mejor hotel de la ciudad.

Había olvidado que su aspecto con la cara llena de cicatrices no sólo provocaba rechazo sino que asustaba a quien que le miraba.

Utilizando otra parte de las esmeraldas compró un pasaje de barco y, acompañado por su familia, regresó a Europa, a su pueblo. Con aquella cara llena de cicatrices y acompañado por una mujer de otra raza y color, nadie lo reconocía; se podría decir que más bien

todo el mundo lo rechazaba. Además había abandonado el pueblo cuando apenas tenía 20 años y ya habían pasado varias décadas.

Al llegar al pueblo, apenas se bajó del tren se dirigió raudo casa de sus padres. Llegado a la puerta, mandó esperar a su mujer y a su hija y golpeando con fuerza entró en la casa.

—Madre, padre, soy Teo y volví a casa. —gritó.

Su madre, que se había quedado sorda, no pudo reconocer aquella voz, es más, cuando lo vio se asustó. Teo se acercó para abrazarla y su madre enseguida reconoció aquellos ojos y, cómo no, el lunar que tenía al lado de la oreja.

Durante días celebraron el regreso de Teo. Con las esmeraldas restantes su tío compró una casa y el molino que, en su ausencia, su padre se había visto obligado a vender.

Durante muchos años Teo vivió tranquilo en su pueblo. Junto con su mujer tuvieron otros hijos y fueron una familia feliz.

Cuando estaba a punto de cumplir 90 años una noche despertó con un rugido como el de aquella bestia a la que se había enfrentado en el pasado. Entendió que su tiempo estaba por cumplirse. A su manera, fue despidiéndose de familiares y amigos. Una mañana cuando su hijo subió a llevarle el desayuno estaba muerto. Sonreía y habían desaparecido las cicatrices de su cara.

*Para mis hijos Javier, Carol y Elva,
sus semillas David y Dúnia.
A Pep por su amor y ser la única persona que ha sabido leer mis aguas.*

ELLA

PILAR ASAMAR COSTA

Erased una vez, ELLA, niña de un mundo de libertad y sin juicios, donde la alegría y el amor se respiraba de noche y de día. ELLA era toda luz. Sus ojos destellaban su esencia. Feliz, no se cuestionaba, no tenía dudas, simplemente fluía desde el alba al ocaso.

De repente, todo cambió. Una danza de los SAPIS, vientos diabólicos, luchando entre ellos, lanzaban cánticos estremecedores llamando a seres terroríficos nunca vistos ni sentidos en el mundo de «OJOS DE LUZ PECULIAR», así era el nombre de ELLA. No fue consciente de la noche de lujuria y perversión de estas danzas de los vientos, a los que creía sus amigos.

Se despertó en un lugar de arena, árboles y matorrales secos, no entendía nada de nada. Sus ropas no brillaban, no olían bien, manchadas, no se reconocía, nunca sus ojos tuvieron una visión de desamor tal, de sí misma y del entorno. ¿Dónde estaba, estaría soñando? Andaba y andaba esperando respuestas. ¡Sería un mal juego de su mente!

Aún así sus ojos seguían brillando, transparentes, llenos de luz como la escarcha de madrugada. Al atardecer, cansada y con hambre, se apoyó en una roca, el aire la envolvía sutilmente con un halo de amenaza, de repente alguien le habló:

—¡Eh! ¡Tú!

ELLA miró al frente y vio una serpiente enroscada en un árbol, sin alma. El reptil —con cabeza enorme, ojos lascivos y provocadores, babeando saliva negra y roja— la miraba con desprecio. ELLA se acercó al animal preguntando dónde estaba y quién era.

—Eres muy lista y brillas mucho, pero aquí esto no te sirve de nada, eres vieja y molestas. En nuestro planeta vas a aguantar lo que te escupan hasta apagar esa luz que irradas. Nadie puede hacer bajar nuestros ojos, eres tan brillante que desde tu mundo llegas a iluminar el nuestro. No lo podemos permitir, sigue andando hacia adelante y acatarás nuestras leyes.

ELLA siguió andando entre dunas y matorrales. Por todos lados salían animales, arrastrándose por el suelo, unos sin ojos, otros sin orejas, algunos con media nariz y boca lasciva. A su lado, vomitando el mismo fluido que la serpiente, se reían y mofaban de ELLA.

—Ja, ja, ja, ja... ¡¡¡Vieja!!! Verás a donde te lleve tu luz. Tus destellos no los vamos a permitir.

—¡Yo sólo soy una niña!

—Ja, ja, ja... ¿Cuál es tu nombre?

Tranquila y serena, aún sin comprender nada, respondió:

—Soy «OJOS DE LUZ PECULIAR». ¡Ahora y para siempre! Se burlaron y le escupieron.

—Verás donde te lleva tu ridiculez de malgastar tu tiempo en alegrías, poemas, cánticos y danzas.

La amenazaron y le dijeron que tenía que seguir a otra región donde sería el final de su trayecto y acabarían con la luz de sus ojos, hasta que su brillo desapareciera.

Seguía andando y andando, desfallecida, famélica, esperando encontrar algo que calmara su hambre y su sed. A lo lejos vislumbró lo que parecía un pueblo y hacia allí se encaminó. Al llegar, todo el mundo salió de sus casas. Eran todas iguales, sin ventanas, paredes oscuras y arenosas. Con insultos y desprecios la recibieron:

—Es ELLA, es ELLA... La tenemos.

Acorralada, seguía sin entender. No tenía miedo, pero estaba famélica y muy agotada. Aún así el brillo de sus ojos se manifestaba. Eran seres extraños, parecidos en esencia a los animales. La acompañaron una buena parte del camino. Estos humanoides no tenían Luz, algunos carecían de ojos, con media nariz, boca torcida y de vez en cuando chorreaban ese fluido como los guardianes de su territorio. ELLA miró y sonrió sin resistencia, sabía que se encontraba en el «submundo del mundo».

Se hizo el silencio total, todos quedaron paralizados. Entre la multitud se visualizó algo parecido a una mujer, destacaba de los demás por su altura, no tenía orejas, los ojos llenos de ira. De vez en cuando, de su boca torcida descendía ese fluido rojo y negro, típico de los habitantes de ese país. A medida que iba avanzando, el pueblo la reverenciaba (ELLA intuyó que debía ser algo parecido a su Reina...).

La mujer le gritó:

—¡Tú... tú!!... tú eres la culpable de que ningún príncipe se acerque a mí para desposarme. Todos entran en el territorio, buscando y buscando la Luz de la cual los sabios de sus tierras les hablaron. Año tras año se acercan a mí y se alejan con desprecio aterrador. ¡No lo puedo tolerar! Ahora me perteneces, ¡ya no volverás a brillar más! Te encerraré en las mazmorras más profundas de nuestro submundo hasta acabar contigo. ¡Venga, Directo a las profundidades! ¡Sin comer ni beber!

Sola, en una celda, sin entender nada, hablándose a sí misma:

—Soy una niña. Crear, jugar, amar, entender, danzar... son la energía para avanzar en mi camino. ¿Por qué no me dejan? —se susurraba a sí misma.

Apenas podía respirar, el hambre y el agotamiento estaban apoderándose de ELLA. Aún así sus ojos no dejaban de brillar. Esto enfurecía cada día más a la princesa. No lo podía tolerar. La

gobernanta se le acercó irónica y desafiante, la observó y con el índice de la mano derecha le señaló gritando:

—¡Tú, tú! ¿Cómo te llamas?

—Soy «OJOS DE LUZ PECULIAR», hoy y para siempre.

Enfurecida, la princesa sale corriendo para trazar un plan. En la corte nadie sabe qué hacer, todos están muy nerviosos ante esa actitud. Un súbdito, que amaba a su princesa, forjó un plan. Le sacaría los ojos y los machacaría hasta conseguir polvo para alimentar a los animales más oscuros y nauseabundos del reino y así terminaría el mal sueño de su amor secreto. El plan le pareció bien a la princesa viperina. Su ira seguía aumentando, pero pronto la pesadilla iba a acabar y veía sus posibilidades de boda más cerca, nada ensombrecería su camino. Esto también repercutiría en positivo para todo el pueblo, ellos lo necesitaban pues ya empezaban a mostrar su insatisfacción en privado.

Todo el mundo estaba de fiesta y en el castillo todo estaba previsto. ¡Llegó el momento!

ELLA, «OJOS DE LUZ PECULIAR», no tenía fuerzas, seguía sin entender nada, pero sus ojos seguían brillando entre las tres paredes de su celda. Tres esclavos la llevaron a la plaza. La gente gritaba y cantaba enloquecida. Desde las profundidades más viscerales, se decían:

—Por fin todo va a acabar, la reina encontrará un príncipe. Todo estará en equilibrio y en paz. Ya no pagará su ira y desamor con el pueblo.

ELLA estaba atada a un tronco, el verdugo, lúgubre y sombrío, levantó el cuchillo y se dispuso a vaciar. De repente, por segundos, una fuerza con dulzura e impecable contundencia arrastraba casas, personas, todo lo que encontraba a su paso. Hasta llegar a pulverizarlo todo, a su princesa incluida. Todos chillaban y berreaban aterrorizados. Su destino estaba escrito.

Una leyenda que nunca quisieron escuchar les anunciaba que

el OYEN —viento guardián de la transparencia— seguía sus pasos y su evolución. Él era también protector de «OJOS DE LUZ PECULIAR», ahora y siempre.

ELLA despertó a la orilla de un río y reconoció el paisaje, al fin estaba en casa. De repente comenzó a llover, caían lágrimas del cielo alegres y serenas y al tocar el suelo lo iluminaban con chispas de luz transparente.

ELLA se acercó a la orilla del río, el reflejo de sus ojos en el agua le susurró:

—Lo que ilumina en estos momentos tu mundo llega del submundo, ahora todos tienen Luz gracias a ti. Tú, «OJOS DE LUZ PECULIAR», ahora y para siempre, los has salvado. Ahora te toca seguir tu camino, ya nadie puede apagar tu Luz. Alza tus alas al viento iluminando por donde pases.

Sigue tu camino, sigue tu camino, sigue tu camino...

ELLA comprendió.

Necesito que sigas conmigo hasta que pueda dejarte.

«Paren el mundo que acá me bajo»

Fernando Ampuero

LA TRIBU DE LA LAGUNA

JOAN CARNÉ MASLLORENS

Erase una vez un muchacho que decidió partir, tomó el zurrón, saltó la valla y se marchó. Quería conocer paisajes, lugares diferentes y, sobre todo, personas.

Recorrió campos y montañas, bosques y pueblos y conoció muchos lugares y muchas personas en su camino.

Era feliz al pensar que aún podía hacer con su vida lo que quisiera y elegir cualquier camino, eso era la Libertad.

Sintió el deseo, anheló el placer, experimentó el amor y el desamor y pronto supo que cuando buscaba una mujer encontraba una persona.

Un día llegó a un páramo, allí conoció a una muchacha, fueron felices juntos y él le dijo que deseaba crear una familia con ella y tener hijos y ella le contestó:

—De acuerdo, pero yo soy una persona muy ocupada, serás padre, tendremos uno solo, yo decidiré cuándo ha de ser y tú te ocuparás de la crianza.

Él aceptó, pero la muchacha quedó embarazada demasiado pronto, y ella le dijo que debían perderlo, no era el momento.

El muchacho insistió en tenerlo a toda costa, que él ya se ocuparía de todo, pero ella le dijo que no podía ser, habían hecho un trato; y además, ni siquiera era seguro que él fuera el padre.

Decepcionado y triste se marchó. Llegó a una laguna de montaña, desolada, se metió en el agua y se puso a nadar.

La Señora de las Aguas del lugar se le acercó, lo tomó de la mano y le dijo:

—Vamos a vivir juntos, aquí seremos felices, yo sé lo que tú deseas, tendrás tantos hijos como quieras, pero impongo dos condiciones: viviremos apartados de los humanos a causa de mi naturaleza y siempre seguirás a mi lado, y si algún día me abandonas te destruiré.

Él aceptó, hechizado por la Sirena, pero pronto se dio cuenta de que con ella no podía ser feliz llevando una vida oculta, solitaria y triste.

En el Bosque conoció un hada que le dio un consejo:

—Sigue tu camino, y para eso debes lograr que esa Señora te deje a ti.

El muchacho pensó en envenenar las aguas, en cegar la laguna con piedras y tierra, o vaciarla abriendo un gran canal.

Una mañana que paseaba por el monte encontró un pastor con su rebaño que lo invitó a su cabaña, allí conoció a su hija y enseguida se enamoraron.

El muchacho contó al pastor sus preocupaciones que lo escuchó con atención y le dijo:

—Dos consejos muy sencillos te doy: el primero, que es mejor ser bueno que malo. El segundo, que para educar a un niño se necesita una tribu.

Al oírlo se alegró mucho al hallar la solución a sus pesares, se puso en marcha y recorrió los lugares que había conocido y se trajo nenúfares, algas y toda clase de plantas acuáticas, reptiles, anfibios, árboles y frutales, aves y peces y así animó de vida y de hermosura una laguna yerma en la que, hasta entonces, habitaba solamente una mujer solitaria y retraída.

Pronto empezaron a llegar personas que se establecieron en ese

bello lugar y su presencia hizo aborrecer la vida que llevaba la Sirena en la laguna.

La Señora de la Laguna aprovechó una fuerte avenida de las aguas de un gran temporal para huir y marcharse para siempre, aguas abajo por el río hacia otro lugar mejor.

Una vez roto el maleficio, el muchacho volvió a la cabaña, donde encontró a la hija del pastor que lo estaba aguardando, la tomó de la mano y, con la bendición de su padre, partieron los dos hacia la Laguna.

Allí fueron recibidos con alegría por sus habitantes, pronto construyeron su casa en ese precioso lugar y todos juntos crearon un bonito poblado. Formaron una pequeña tribu en la que criar a sus hijos en armonía y donde poder seguir construyendo cada día su Felicidad, como así fue.

BUSCANDO EL CARIÑO ESCONDIDO

MARÍA JESÚS PENADÉS

Erase una vez una niña que vivía con sus padres en una granja llena de animales. La granja estaba cerca del río y también de un bosque muy frondoso. La niña estaba triste la mayor parte del tiempo. Ella era un poco cabezona y no se sabe si por esta razón, su familia le decía que era una niña mala, muy mala. La niña no entendía por qué razón se lo decían... Pensó que pudiera ser porque jugaba demasiado con los animales y no ayudaba suficientemente a sus padres en la granja. Estos estaban siempre ocupadísimos trabajando todo el día. Ella, para ganarse su cariño, pensó que quizá ayudando más en las tareas de la casa y de la granja estarían más contentos con ella y obtendría su cariño. Así que se puso manos a la obra.

Petu, que así la llamaban, empezó a levantarse muy temprano, casi antes de que saliera el sol. Se ponía a ayudar en la granja, limpiaba el recinto donde dormían las gallinas y les daba de comer, después recogía los huevos y los depositaba en la cesta para llevarlos a casa, también los cerdos tenían su pocilga aseada —aunque estos son un poco gorrinos— gracias a Petu, luego los sacaba y tenían un gran espacio para buscar comida y para pasear y tomar el sol.

En la granja había otros animales, como patos, y también había

dos perros que hacían las delicias de la pequeña. Todos se ponían muy contentos cuando Petu estaba con ellos.

Los días iban pasando y Petu, cuando llegaba la noche, caía agotada en su cama. Sus padres estaban contentos con la ayuda, pero eran tan serios que nunca le decían una palabra de cariño o de agradecimiento, por eso la niña no notaba ningún cambio por su parte. Ella se sentía muy poco valorada y sentía que no la querían. Desesperada por esta actitud, un día empezó a caminar sin rumbo y llegó hasta el bosque adentrándose en él.

—No me quieren —decía—, debo de ser una mala hija.

Estaba triste y sollozaba todo el rato y cuando se dio cuenta, ¡se había perdido! No sabía qué hacer ni a donde ir... El miedo que sentía hizo que pensara en subir a lo alto de un árbol para evitar el ataque de alguna alimaña. Subió y encontró entre las ramas un buen sitio para instalarse y pasar la noche. En pocos minutos el cansancio la venció y se durmió profundamente. Aquella noche soñó como nunca antes había soñado. Soñó que todos en la granja estaban tristes y la buscaban sin parar, los animales la echaban en falta y eran los más tristes. Las gallinas dejaron de poner huevos, los cerdos estaban perdiendo peso pues habían perdido el apetito, los patos nadaban sin parar en el estanque y se alejaban de la granja, quizá esperando encontrar a Petu. Ella soñó lo que realmente estaba pasando en la granja.

Pasó esa primera noche y la niña al despertarse, se dio cuenta de que lo que había hecho era muy grave y empezó a sentir miedo por la reacción de sus padres. Así que bajó del árbol y decidió ir más allá, adentrándose todavía más. Sentía miedo al castigo que le podía esperar en su casa, pues sus padres estarían tan enfadados que no se lo iban a perdonar nunca. Pensó que nunca más volvería a su granja. Buscó un refugio donde guarecerse y lo encontró en el hueco de un gran árbol.

—Aquí —dijo— construiré mi casa y nunca me encontrarán.

Ya instalada observó a los seres diminutos que había a su alre-

dedor. Así empezó a ayudar a las hormigas a construir sus hormigueros que se lo agradecían llevándole todo tipo de semillas, las mismas que recogían para ellas y que guardaban en su despensa. También los pájaros le agradecían que les ayudara a construir sus nidos en zonas bien protegidas de los árboles. Le gustaba mucho observar a las mariposas con sus vestidos rojos tan vistosos... Pero lo que realmente la tenía embelesada eran unos pequeños pajaritos del tamaño de su dedo pulgar, los colibrís. Sus colores, sus idas y venidas de flor en flor y sobre todo el aleteo de las alas. Todo era maravilloso. Aún así Petu tenía en lo más hondo de su ser una gran tristeza, pues en el fondo lo que más anhelaba era volver a su casa. Sus amigos los animales lo notaban y querían ayudarla, pero no sabían cómo hacerlo. Un día se reunieron todos para ver qué solución encontraban para ayudarle a volver a su casa. Después de mucho pensar y debatir entre ellos, pensaron que lo mejor era ir a hablar con los padres y contarles que su hija Petu les necesitaba.

Emprendieron la marcha esa misma tarde, pues estaba lejos y no llegarían hasta dos días después. Petu, al volver del estanque al que había ido a bañarse y a pescar algo para la cena, quiso compartirla con sus amigos... pero se encontró en que no había nadie, ¡habían desaparecido todos! ¿Dónde se habían escondido, les habría pasado algo? Empezó a sentirse culpable por no haber protegido a sus amigos que tanto quería, les había fallado también a ellos. De nuevo estaba sola y triste, aquella noche no cenó, y después de buscar por los alrededores no los encontró. ¡No podía perderlos y quedarse otra vez sola! Se fue con la convicción de que algo había hecho mal. Finalmente se durmió vencida por el cansancio y los sollozos. Estuvo escondida en el árbol, varios días, sin comer apenas.

Mientras tanto, sus amigos habían llegado a la granja de sus padres. Un colibrí, al que Petu le había contado sus sentimientos, hizo de portavoz. Se posó en el hombro del padre, pero este de tan ocupado como estaba no se percató de su presencia ni de su vocecita

que le llamaba. Pero su madre vio algo extraño desde donde ella estaba y se acercó. El colibrí trataba de explicarle... Finalmente la madre escuchando de cerca al colibrí oyó que le decía:

—Tu niña está en el bosque muy triste, ella cree que vosotros no la queréis y que la vais a castigar en cuanto aparezca por aquí. Por eso no quiere venir. En el bosque todos la queremos y la defendemos de los peligros. Ella agradecida también nos ayuda a encontrar comida. Pero nosotros creemos que su lugar está aquí con vosotros y en su casa, que sois sus padres y por eso no tenéis que castigarla.

La madre rompió a llorar llena de esperanza, su padre, al enterarse, también lloró con gran arrepentimiento. Los dos se arrodillaron rogándole a toda la comitiva de animales que los llevaran junto a su hija.

Mientras todo esto ocurría, Petu que estaba en su árbol abstraída, melancólica y medio dormida notó una brisa tibia que le acariciaba la cara y el cuerpo y al mismo tiempo le susurraba al oído muy dulcemente...

—Vuelve a casa Petu, tus padres te esperan ansiosos, no te van a castigar, ellos te aman...

Era el viento que también intentaba ayudar a que volviera a casa.

Cuando se despertó y se percató de lo que había ocurrido, pensó que había sido un sueño porque todo seguía igual y, lo peor, en el bosque no estaban sus amigos, estaba claro que la habían abandonado. Empezó a subir y subir por las ramas del árbol, de alguna manera pensaba que si se caía desde allá arriba terminaría esta pesadilla. Así estaba de desanimada. Pero cuando más tristes eran sus pensamientos allá arriba en lo más alto y más difícil veía la solución, notó una calidez que le envolvía todo su cuerpo. Era el viento amigo de nuevo, esta vez sí que era real. Le contó la larga marcha que habían emprendido los animales, sus amigos, para ir a ver a sus padres y decirles que ella les necesitaba. Y que al día siguiente, cuando amaneciera, ayuda-

ría a Petu a viajar arrastrada por su fuerza suave y la trasladaría a la granja que tanto añoraba. Además desde allá arriba podría admirar el bosque y los animales que tan hermoso le parecía y donde había pasado tantos días sola con ellos. Ella entusiasmada por la idea, se fue pronto a dormir en espera del nuevo día.

Ese día el sol brillaba especialmente en la granja. Los patos, que se habían alejado río abajo cuando Petu se marchó, sintieron que algo les llamaba a regresar. Las gallinas estaban revueltas y los pollitos no paraban de ir de un lado a otro, todos en grupo sin dejar de corretear como si algún acontecimiento importante fuese a ocurrir. Los cerdos se dieron un baño integral en el fango disfrutando como nunca, por alguna razón sentían la presencia de su ama preferida que tan bien les cuidaba y les alimentaba. Las vacas en el prado se pusieron a bailar de contentas haciendo sonar sus cencerros como si llamaran a un festejo. Se organizó un gran «guateque» con toda la fauna que allí habitaba, todos con la expectativa de volver a ver a la pequeña.

Cuando por fin el viento cálido de aquel hermoso día se acercaba a la casa llevando consigo a su niña, los padres, al verla volando hacia ellos, cayeron arrodillados de la emoción, no daban crédito a lo que sus ojos estaban viendo, como un ángel la niña se acercaba llevada por el viento. Llenos de agradecimiento rompieron a llorar y corrieron a abrazar a su querida hija con todas sus fuerzas. La pequeña les abrazó y los llenó de besos al tiempo que les pedía perdón por todo el sufrimiento que les había hecho pasar. Los animales que habían hecho posible que se reencontraran, habían hecho prometer a los padres de Petu, que en adelante tendrían que cuidar las palabras para con la niña explicándoles que no basta con querer a los hijos, sino que hay que cuidarles y mostrarles su cariño sobre todo en los momentos de más rebeldía de éstos. Todos comprendieron el valor del cariño dentro de la familia y de su cuidado.

Desde entonces los padres, agradecidos, prometieron al viento,

a la naturaleza, y a todos los que les habían abierto los ojos que siempre cuidarían de su hija y le mostrarían su amor por siempre jamás. De esta manera en la granja y en el bosque fueron todos muy felices pero no comieron perdices.

Colorín colorado este cuento se ha acabado.

hijos y ella le contestó:

—De acuerdo, pero yo soy una persona muy ocupada, serás padre, tendremos uno solo, yo decidiré cuándo ha de ser y tú te ocuparás de la crianza.

Él aceptó, pero la muchacha quedó embarazada demasiado pronto, y ella le dijo que debían perderlo, no era el momento.

El muchacho insistió en tenerlo a toda costa, que él ya se ocuparía de todo, pero ella le dijo que no podía ser, habían hecho un trato; y además, ni siquiera era seguro que él fuera el padre.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolo en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comernos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de *El gajo de mandarina y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en enero de 2020.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en el web

www.espacioparacontar.com

En este décimo volumen se han recogido los cuentos escritos por: Nuri Zubiri, Vera Paulino, Albert Martínez, Fede Cepeda, Pilar Asamar Costa, Joan Carné Masllorens y María Jesús Penadés.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 15, 16 y 17 de noviembre de 2019 en el Centro Nitya de Barcelona.

Y ocurrieron tantas cosas como tenían que pasar, todas buenas, es la ley del destino.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-2-9



ISBN: 978-84-120981-2-9